

COLOFÓN

Sobre los separadores

Cuando una sociedad genera prácticas de exclusión, hace manifiesta su decisión de no reconocer aquello que es diferente.

Proclama un estado de ideas que van en contravía del objetivo fundamental de la democracia –reconocer la diferencia y la multiplicidad cultural de los diferentes grupos humanos para la toma de decisiones colectivas–. Una sociedad justa y equitativa comienza cuando sus actores conocen los límites de sus libertades. Este principio operativo en toda sociedad democrática e incluyente evita el peligro de una democracia simulada.

La práctica de la exclusión y marginación de grupos humanos minoritarios, o mejor aún, la discriminación de todo ser humano a causa de su condición de género, religión, o filiación política hace evidente la necesidad de seguir creando mecanismos que permitan hacer entender a todos los actores de nuestras sociedades democráticas, la importancia de comprender el valor que tiene la participación de todos y todas en la construcción de dicha sociedad, para el logro de los proyectos colectivos e individuales que decantan nuestra existencia en felicidad.

Puede ser que esta reflexión suene repetitiva, pero urge una verdadera sociedad, democrática e incluyente, la cual incentive el respeto por la diferencia y por aquella multiplicidad cultural; urge una verdadera sociedad, que supere las dificultades que han creado los estereotipos y aquellas ideas prejuiciosas acerca de lo que desconocemos; urge una verdadera sociedad, que no permita aquellos escenarios de procesos de exclusión y anulación de lo diferente. De lo contrario, podemos comenzar a observar como inevitablemente el mundo que conocemos, arda ante las más bajas pasiones humanas.

Por:

Juan Pablo Agudelo Guerra.